

REVISTA

LITERARIA

DEL GRANADINO.

LA FESTIVIDAD DEL SANTISIMO

Sacramento.

Débiles son nuestras fuerzas y nuestro aliento escaso, si grande nuestra fe, para que aspiremos á recorrer los dobles velos del misterio inefable y Santo que hoy celebra la Iglesia católica, con toda la pompa sublime y severa que él exige, y con toda la alegría que el corazón cristiano santuario de la creencia y la piedad solo puede abrigar. Toda la naturaleza parece hoy engalanada de nuevo con dobles y mas ricos encantos; toda la naturaleza parece revestida con las maravillas del divino aliento: el suelo brota flores, las auras conducen aromas y el cielo diáfano y azulado brilla mas porque el sol recorre magestuoso sus confines vibrando mas rayos de clarísima lumbre.

La infinita bondad del Omnipotente hacedor de los mundos no se contenta con humanarse y padecer y morir por la salvacion del hombre, quiere mas; quiere que no se pierda su sacrificio, quiere vivir en el hombre como la luz en la llama, como en la llama el calor. Bondad inmensa, misericordia infinita, grande como aquel de quien procede! El Dios que en Sinaí mostró su grandeza y su gloria, y en la cumbre del Gólgota su amor á la criatura y su mansedumbre soberana; el que tiene por alfombra de sus plantas los

mil escuadrones de estrellas y luceros que tachonan las nieblas celestes con que vela su gloria esplendente é indefinible; el que dá con su aliento perfumes á las flores, fresca al ambiente, ruido á los bosques, á las aves místico language, olas al mar y derrama corales en su fondo y perlas en su orilla, y sujeta la tempestad y ata los vientos ó los desencadena segun le place, por que ni hay talisman para su albedrio, ni poder superior, ni voz que la suya no escuche y obedezca, el Dios tres veces santo, inenarrable y poderoso, se convierte en pan de vida y se da por alimento á los hombres ingratos y descreidos!! Arcano incomprendible! cuanta ternura! cuanto amor! cuanta misericordia!! Nuestro corazón se dilata de placer y se deshace en lágrimas de gratitud! Tanta alegría nos enerva, tanta felicidad nos abruma!

En los primitivos tiempos del cristianismo y aun despues hasta el cuarto estado de la iglesia llamado *restaurado ó floreciente*, no se designó un dia para celebrar el aniversario de la Cena sagrada. Todas las almas de los fieles abrigaban sin embargo la idea del beneficio, pero su regocijo íntimo no lo solemnizaba públicamente hasta que el año de 1247 se principió á celebrar en Lieja, siendo Gobernador de aquella iglesia *Jacobo Pantaleon de Court Palais*, luego Patriarca de Jerusalem y por último Pontífice llamado

Núm. 8.

22 DE JUNIO DE 1848.

Urbano IV. El mismo en 1264 instituyó en Roma la festividad del Santísimo Sacramento, teniendo efecto la primera vez el 19 de junio de aquel año, que fué el último de su pontificado, pues murió el 12 de octubre, según unos y el 3 del mismo mes según otros. Todos los Monarcas católicos adoptaron con entusiasmo tan solemne y religiosa institución; mas hallándose á la sazón agitada la Italia por las facciones de los Guelfos y Gibelinos, no tuvo por entonces entero cumplimiento lo ordenado por Urbano IV; hasta que el año de 1311 el Papa Clemente V, en el Concilio de Viena, confirmó la celebración de esta fiesta y mandó observarla en toda la Iglesia Católica. Al poco tiempo (año de 1316) el Papa Juan XXII animado de un celo ardiente y de un entusiasmo sagrado y fervoroso, estableció la octava y las públicas y suntuosas procesiones que tanta fama llegaron á alcanzar y que después fueron decayendo al paso que se levantaban los colosos de la falsa ilustración, y los reformistas imbeciles y malvados.

Hoy que la verdadera fé y la piedad ilustrada renacen en el corazón de los hombres honrados, hoy que los hombres, religiosos sin fanatismo y creyentes sin superstición, caminan á la recta virtud, impelidos por la irresistible fuerza de la convicción, volvemos á gozar de las alegrías de los primitivos tiempos. Granada, este florido y encantado vergel, con sus murallas de plata y su techumbre de soles, con su purísimo ambiente y su eterna primavera: Granada, joya inapreciable, reina de las huries prometidas, sultana del andaluz, harem y perla de las perlas españolas; la primera entre las escogidas y la deseada entre las mejores; se prosterna humilde entonando cánticos de alabanza al Ser Supremo de quien ha

recibido sus fértiles llanuras, sus cordilleras de oro, su mágica pompa y su severa grandeza.

Pero no le bastan las preces del espíritu y embellece sus formas si pueden ser mas bellas presentando hoy un cuadro mas animado, mas rico, mas pintoresco. Sus principales calles entoldadas y prendidas con lujosas colgaduras y multitud de flores, conducen á la plaza de Bib-rambla, estenso paralelógramo en cuyo centro se eleva un altar Churriguresco del mejor gusto, adornado con mosaicos transparentes, bandas de seda de distintos colores pabellones de fragantes rosas y delicados jazmines y mil luces colocadas graciosamente en sus cuatro lados. Rodeánlo vistosos jardines, arcos de cipres, saltadores caprichosos y encañados tegidos con verde arrayan y rojos tulipanes. Cuatro estatuas representando los Evangelistas completan el adorno de los capiteles de las columnas y sobre la cúpula oriental que cierra el tabernáculo está colocada la de la fé. En el centro y en un trono de nubes se vé el Cordero Pascual recostado sobre el libro de los Siete Sellos. Magníficas y espaciosas galerías, adornadas tambien de flores, elegantes arañas, blandones, y excelentes cuadros de Atanasio, Juan de Sevilla y otros menos notables, rodean el estenso cuadrilongo donde el altar se levanta, formando cuatro anchas calles que concluyen el todo de la fantástica decoración.

Sentimos que los estrechos límites de nuestra Revista no nos permitan estendernos mas; pero soltamos la pluma contentos de ver renovadas en nuestra época las religiosas costumbres y las célebres fiestas de nuestros mayores.

JOSE SALVADOR DE SALVADOR.





ODA

5 ¿Quid est homo, quod memor est ejus?
 6 aut filius hominis, quoniam visitas eum?
 6 Minuisti eum paulo minus ab angelis,
 gloria et honore coronasti eum;
 SALMO VIII.

Espíritu invisible que sostienes
 la unidad de los mundos:
 del infinito por morada tienes
 los abismos profundos,

Tú eres el solo Dios, tú grande solo,
 tú sabes lo escondido
 de todo lo que guardan polo y polo
 en el Orbe estendido.

Constelacion luciente que ilumina
 con luz de su grandeza
 eres, Señor, tu lumbre peregrina
 da justicia y pureza.

Luz sobre luz: tu cuna y tu sudario
 lo eterno son, Dios mio,
 de la ciencia tu trono es el santuario
 de verdades un rio.

Los anchos mares, el sonoro viento,
 el valle y las montañas,
 las estrellas del alto firmamento,
 del orbe las entrañas;

Se espantan al reflejo de tus iras,
 cual tímida paloma,
 y pavorosos tiemblan si les miras
 y tu cólera asoma.

Tú eres el solo Dios Omnipotente!
 =Y dejando la altura
 descendes de tu solio refulgente
 á la humilde criatura !!!=

De purísimo amor, ardiente lleno
 engrandesces la nada:
 Desciendes y reposas en su seno
 haciendo allí morada.



=Cantemos al Señor y su grandeza
bendigamos su gloria
entonemos con santa fortaleza
cien himnos de victoria!

Gacela de los árabes jardines
Granada de diamantes
recorre de tus huertos los confines:
y las flores fragantes

Que tegan tu corona de Sultana
en Bib-rambla deshoja
al despuntar risueña la mañana:
tus alcores despoja

De ramos olorosos y verdura:
por muestra de alegría
eleva de los cielos á la altura
suave melodía.

=Cantemos al Señor y su grandeza
bendigamos su gloria
entonemos con Santa fortaleza
cien himnos de victoria!

GIMENEZ-SERRANO.

LA VIRGEN DEL CLAVEL.

Cuento morisco.

V.

Continuacion.

Después del relámpago, la oscuridad se hizo impenetrable, densa, y Juan cerró los párpados involuntariamente. Las madejas enmarañadas de colores se perdieron poco á poco en un mar violado, por donde pasaban aristas de oro. Anchos celajes de sombra inundaron aquel Océano de venturina: el sacristan sentía pesadumbre al rededor de la cabeza como si la tuviese ceñida con una barra de plomo caliente, mortal decaimiento corrió por todos sus miembros, entreabrió los labios y se apoyó sobre el muro...

Sintió sin darse cuenta de ello (tal vez en el fondo de su alma) que subía por la escala de cuerda con paso firme. Tropezó con la celosía persa, y abarcándola entre sus robustos brazos la desencajó del marco. Las macetas de arrayan, de claveles y de azucenas del agimez le envjaron su perfumado aliento, y por entre el ramage vió una estancia blanca como el nacar, y semejante á una taza chinesca. =Arrojar la capa, deshacerse de la celosía, apartar los búcaros de las flores y penetrar de un salto en aquel recinto encantado todo fué obra de un punto.

Nunca á los ojos del travieso monaguillo, presentóse espectáculo semejante. Estaba en un templete morisco con paredes de filigrana y cornisas de encage, cerrado por una cúpula de alerce y ébano. El pavi-

miento era de mármol y un surtidor de agua olorosa saltaba en el centro de un reducido mar. La luz salía de unas lámparas transparentes de las canteras de Macael ocultas entre las flores que adornaban los ángulos del recinto y mezclándose los rayos débiles de la luz artificial con los reflejos de la luna que penetraban por las estrellas de la cúpula y por el calado oriental de los muros formaban un conjunto semejante á la claridad de la alborada.

Sobre una piel de tigre, en un almohadon carmesí con alamares de oro estaba sentada Amina ensartando las perlas esparcidas de un collar. Al ver á Juan, dió un grito penetrante y quiso huir pronta, como una gacela cuando siente el rugir cercano de un leopardo. El mancebo con aire resuelto cogió las sueltas puntas del riquísimo cinturón y la detuvo.

—¿Huyes, señora mia, de quien viene á buscarte! dijo con amargura y amor al tiempo que la traía hácia sí dulcemente: ¡Huyes de quien te adora con toda su alma! —La niña volvió el rostro con infantil rubor y se dejó conducir á un alhalmí que enfrente habia, ocupado con el magnífico lecho de la morisca.

—Ambos se sentaron en el borde del poyo alicatado y así comenzó sus razones Amina.

—Cuanto deseaba tenerte á mi lado, abrasarme en la luz de tus ojos y oír tu voz tan querida. ¡Temí que no vinieras! ya se van volando las golondrinas á la tierra de mis padres y con ellas todas las alegrías.

—¿Por qué no venir? ¿quién puede colocarse entre los dos? Tú, mia para siempre, mia sola; yo, tu mas rendido esclavo. —¿Cuán hermosos son tus cabellos azulados y rizos! ¡cómo brillan tus ojos dulcísimos!... aroma de jardines exhalan tus labios. Déjame estrechar tu talle: déjame beber la vida en tu boca.

El sacristan ciñó con su brazo la torneada cintura de la mora y selló con un ardiente, suave y voluptuosísimo beso la boca de corales. Estremeciéndose de placer la jóven, y Juan sintió que la sangre se encendía en sus venas: parecia que un huracán caluroso rodeaba su frente y cegaba sus ojos.

Mas de pronto Amina colocando su breve mano sobre el pecho de Juan, le retiró de sí, y volvió el rostro.

—No, dijo con acento malancólico y fatal, aléjate de mí, que Dios nos acecha con los ojos de su ira. Este lecho es el de mi padre, y la hija que mancha la honra del que le dió la vida, morirá para siempre. La tribu arrojaría piedras contra mí, la vírgen apartaría su manto que ahora estiende sobre mi cabeza y llamas sin fin me aguardan luego. No, no, aléjate de mí!

—Amina mia, olvida tan sinietros pensamientos. Tu padre era un infiel, y ¿quién de tu tribu pondría airados los ojos en la presencia tuya?... Dios... se olvida de nosotros... olvidémosle tambien. —Dios mató á mi pobre madre, Dios me tiene solo en el mundo, Dios me prohíbe que te ame...

—Calla, interrumpió la conversa, aterrada con tanta blasfemia, calla y no pronuncies esas palabras en esta estancia; porque á la luz de la luna la sombra de mi padre se dibuja en las paredes.

—Salgamos, pues de aquí, el mundo todo es nuestro. Salgamos sí; que yo he de pasar mi vida á tu lado: aliento con aliento, alma con alma.

—Lejos sí, lejos de estas tierras donde soy oprimida, lejos de la sombra de mi padre. —Y como fascinada la mora se dejó arrastrar por el monaguillo, que sin saber cómo, se halló en la puerta del jardín y sintió la impresión del viento, y el frío de las anchas gotas de las lluvias

de otoño. Borrasca de mar parecía la tormenta que sobre Granada descargaba en aquellas horas. Amina horrorizada con la tempestuosa noche se asió fuertemente del sacristan, que requiriendo el broquel y la daga, y cubriendo cuidadosamente á su amada con los anchos pliegues de su capa, empezó con resuelto paso á cruzar las sombras y á perderse por el laberinto de calles que parten por los ángulos de la irregular plazuela de San Cristóbal.

La tormenta crecía. Cuatro pabellones de nubes espesas y negras, como la boca de una sima, se disputaban el ancho espacio de la bóveda celeste, afirmadas cada cual, como los titanes de la fábula, en las crestas de los opuestos cerros. La tierra temblaba con el horrible fragor de los truenos, y las montañas vecinas enviaban cual una piedra despeñada, cien ecos aterradores. Las gotas de la lluvia parecían granizos, los granizos piedras. El viento rugía como un león aprisionado, y formando remolinos cargados de agua y nieve se estrellaba en los muros y pasaba arrastrando su cabellera, con gritos y quegidos, por las estrechas callejuelas.

Juan y Amina, desafiando la cólera de los elementos, vagaban por las calles, sin saber adonde se dirigían. Los delicados pies de la morisca se ensangrentaron, y sus miembros todos se llenaron de mortal fatiga. El sacristan sudaba y trasudaba, tenía trabajosa la respiración y el torbellino que en su cerebro bullía era causa de que fuese mayor para él la confusión y la oscuridad.

El combate de los cielos arreciaba. Estendiendo sus negras olas y á toda fuerza de viento se entrechocaban las nubes descubriendo á girones la bóveda azulada. Ceñían con sus bandas de vapores, los altos picachos del Veleta, queriendo

derribar el coloso que les impedía desparramarse por el mar, se revolcaban en las laderas de las peñas de Parapanda y cubrían de luces las puntas de Sierra Elvira. Mangas espesas de nutridas gotas de agua enviaban sobre la dormida ciudad y cada calle era un torrente, cada plazuela un lago.

— Detente Juan, dijo llena de terror Amina, detente! que la voz de Dios se oye entre los gritos de la tormenta y los espíritus se quejan en los remolinos del huracán.

Un relámpago con claridad mas vívida que los reflejos de un brillante al sol, partió á este tiempo del seno de una nube y con serpientes y flechas de fuego encendió la atmósfera y puso como un ascua de oro las nubes y las montañas. Los cipreses de la rauda cercana se coronaron de fatídicas lenguas de llama y los edificios y las torres cubiertos de ignea aureola parecían incendiados. El mancebo reconoció que se hallaban de nuevo, después de tantas vueltas en la plazuela de San Cristóbal, al pie de la torre de la iglesia en la puerta de la casa de Amina...

Siguió al relámpago un trueno espantoso: el sacristan creyó que el cielo se desplomaba sobre su cráneo; las campanas respondieron á los cielos con un toque como de agonía. Los cabellos se erizaron sobre la frente del atrevido mozo, y toda su piel se contrajo como al soplo de una brisa helada. Estrechó á la morisca contra su corazón y se embutió temeroso, huyendo, en el dintel de la puerta de su amada...

Otro relámpago menos vivo y mas prolongado aumentó su angustia con nuevo y horrible espectáculo. El cura se presentó á los ojos de los amantes, envuelto en sus hábitos negros. Y dirigiéndose al huérfano con rostro airado y voz tremenda le dijo:

—La maldicion de Dios llevas grabada en la frente. ¿Dónde irás que no la lean? Suelta infame tu presa, y no desgarras la inocencia de esa paloma.

—Dejadme, señor dejadme, repuso el mozo con la reconcentrada ira del criminal sorprendido, he pisado la carrera del crimen y mis ojos están ciegos.

—No, miserable, delante de Dios tu ira es impotente.—Al tiempo que esto decia asíó el sacerdote del brazo á Juan, con tal fuerza, que sus dedos parecian garfios de hierro.

—Soltad, y libre dejad el paso.

El párroco sacudió fuertemente por toda respuesta al monaguillo y apoderándose de Amina oculta entre los pliegues de la capa intentó separarla del mancebo.

—Soltad, señor, que una nube de sangre rodea mi frente.

—No.

—Pues toma, viejo imbécil.

Juan acompañó estas palabras con una puñalada que fué derecha al corazon del cura. La claridad de un relámpago lejano iluminó la hoja sangrienta de la daga, y la sorda caída del anciano. La morisca se desmayó dando un agudísimo grito.

Juan la levantó con sus hercúleos brazos, y dió á correr con la velocidad de un ladron ó de un ciervo herido.

Calmóse el viento. La lluvia era tan espesa como el grano en las espigas.

El sacristan siguiendo en su carrera, sintió que el terreno declinaba y oyó la voz del rio allá en la hondura. Estaba en la cuesta del Chapiz. Nuevas alas tomó conociendo el terreno. Saltaba por la pendiente, como una bola despedida por mano diestra. Llegó á la orilla del Darro escarpada y elevadísima; un relámpago protector le enseñó el puente de troncos que servia de pasadera. Entró por él con valor le-

vantando en alto y como en triunfo á su amante.

El cimbrear de las vigas le indicó que estaba mediando el pasage, un paso mas... cayó. Se perdió en el espacio, dió una vuelta y luego veinte, todo su cuerpo se descoyuntó como el de una culebra cuando se sacude, y oyó las aguas del rio que con salvages mugidos le esperaban; quiso gritar y le faltó aire en sus anchos pulmones.

La voz de la morisca rompió el viento con eco desgarrador.

—*Virgen mia del Amparo!* pronunció vuelta en sí con el peligro.

Un ángel veloz como la luz llegó á la hondura cuando tocaban los amantes el encrespado oleage del Darro, y asiendo del cabello á Amina la levantó con presteza prodigiosa en medio de un luminoso y aromático vapor.

Juan en la agonía, luchando ya con la corriente se asíó de la orla brillante de la vestidura del celestial mancebo buscando salvacion tambien; pero de la misma oscuridad de la sima salió una deforme figura con sulfúreos y cobrizos reflejos de fuego que dando al robador una furiosa patada en el corazon le envió á lo profundo de las aguas...

Despertó á este tiempo el sacristan y se halló al pie del agimez de Amina, recostado sobre la escala por donde habia intentado subir. Pasó la mano por su frente, se recogió el cabello con terror y recorrió con la vista todo el espacio que le redeaba.

El alborada tendia su red de seda rosada por los alcores y los caserios de la vega que como barquillos empavesados blanqueaban en aquel mar de esmeralda. Suavísimo perfume exhalaban los arriates de los cármenes cercanos. El cielo estaba límpido y sereno sin huella alguna de la pasada tempestad. El suelo apenas mojado. Palpaba sus miembros fatigados el mancebo y dudaba de su

propia existencia; levantóse y vió la celosía del agimez de su amada, cerrada como un cancel misterioso y dejando apenas sobresalir á las flores, oyó un suspiro y recogió del suelo un clavel encarnado, prueba de amor, que cuando pasaba de mañana á tocar las campanadas del alba, le concedía siempre la mora. De seguido vió venir al cura con agrado y dulce sonrisa en los labios.

—Pícaruelo me has ganado por la mano esta mañana. Bueno es el ma-
drugar. — Sube y toca á misa des-
pués de dar el alba, que hoy quiero
despachar temprano.

Juan estaba como alelado, ocul-
tó como pudo la escala y acortó el
tiro de la espada, siguió maquinal-
mente al cura y tomó las escaleras
de la torre.

(Se continuará.)

SONETO.

Solo estoy ya : con mi penar acrece
hondo en sus quejas mi febril gemido,
y entro las auras cóncavas perdido
ni un eco de piedad triste merece

Vaporosa en mi mente desaparece
su postrera ilusion, y confundido
en hondo caos de dolor y olvido
de sí propia horripila y estremece.

Y mi sumo penar ya no confundo
con otro ageno cariñoso acento,
y suena él ¡ay! de mi dolor profundo

Como resuena en soledad el viento,
porque en la vasta sociedad del mundo
me es tan solo leal un pensamiento.

MANUEL MARIA NEVADO.

TEATRO.

DIEGO CORRIENTES, *drama origi-
nal y en verso por D. José Gutierrez
de Alba.* — LA GISELA, *baile fantásti-
co en dos cuadros.*

No merece este drama, ó sea come-
dia llorona los honores de la crítica.
Escrito para que luciese sus escelen-
tes dotes el Sr. Dardalla, actor del
género andaluz, representada en esta
con un descuido lamentable no es dig-
na en verdad de ocupar con su anali-
sis la antencion de nuestros lectores.
—El Sr. García (D. Pedro) estuvo po-
co acertado en la eleccion de su bene-
ficio y menos en la redaccion de su pa-
peleta de anuncio. Los actores prin-
cipales se esforzaron; pero en vano,
el drama en cuestion no es un terre-
no donde pueden cogerse muchos lau-
reles.

La tonadilla, el sainete y el baile
nos libraron del fastidio que nos habia
inspirado el bandido generoso.

Es la *Gisela* un baile escrito para
la Carlota Grisi, la mas encantadora
de las bailarinas francesas: baile de
fantasía y de gracia: tan vaporoso co-
mo las Willis. Por estas razones crei-
mos que no habia estado muy feliz la
empresa en la eleccion de este baile que
necesita mucho y muy delicado apara-
to; pero nos ha sorprendido agrada-
blemente el ver como con tan escasos
elementos se ha hecho sino una cosa
notable, digna al menos del público y
honrosa para los directores y para la
beneficiada que se ha esforzado de una
manera laudable.

G.-S.